

La cf trans

LUIS G. PRADO

La ciencia-ficción transhumanista (o cf trans, para abreviar) es, en mi opinión, el tipo de cf que mejor cumple en la actualidad las dos condiciones de ser perfectamente pertinente para nuestra cultura y ser perfectamente fiel a la tradición del género.

¿Qué es la cf trans? Yo la defino como aquella rama de la cf que, desde presupuestos completamente materialistas, opera sobre la creencia en la perfectibilidad de la humanidad. Es optimista, pero sin dejar de ser consciente de los límites físicos para la acción. No es automáticamente utópica, porque tiene en su núcleo la seguridad de que los cambios que sucederán (que ya están sucediendo) a la especie humana estarán tan entremezclados de luces y sombras como la propia naturaleza humana. Es heredera espiritual de la corriente cyberpunk, en tanto que apuesta por la maleabilidad de la persona y la personalidad, y no sólo no ve nada necesariamente lamentable en ello, sino que celebra con ferocidad el final de las viejas certezas, sin que por ello esté de acuerdo con sus consecuencias. Su manifiesto fundacional es la novela *Cismatrix*, de Bruce Sterling, y los relatos anexos del ciclo formista-mecanista, cuya influencia sobre la cf ha sido tan vasta que no es fácil decir hasta dónde ha llegado, salvo para afirmar que ciertamente aún no se ha detenido.

En cuanto a su fidelidad al corazón de la cf, puede ser útil establecer una comparación con la space opera, con la que se la confunde a menudo dada la renovada popularidad de ésta en las últimas décadas. Opino que lo que distingue a la narración de cf trans de la space opera son esencialmente dos características: la posibilidad o no de superar la velocidad de la luz, y la presencia o no de Dios. La segunda se deriva directamente de la primera. Mientras que en la cf trans la velocidad de la luz es un límite absoluto, y las tramas tienen que tener en cuenta el retardo de las comunicaciones y las distorsiones temporales de los viajes a velocidades relativistas, en la space opera

algún truco sacado de la manga mediante un uso acertado de la tecnojerga suele eliminar dicha barrera, y los protagonistas pueden saltar de estrella en estrella sin pagar lo que Dan Simmons en *Hyperion* llamó deuda temporal. Ésa es la razón por la que, en tu serie de cf favorita, no pasan más de diez o doce capítulos de la primera temporada antes de que el aguerrido capitán, la sexy oficial científica y el gracioso androide se encuentren con la divinidad: si el universo material no es límite para las peripecias de los aventureros galácticos, los guionistas pronto se ven obligados a dar el salto filosófico de enfrentarlos con la metafísica. En la cf trans, la metafísica es una contradicción en los términos: su materialismo es absoluto, ya que las maravillas del universo físico son suficientemente emocionantes, y su paciente exploración, una fuente inagotable de sorpresas.

Mi argumento es que la cf deja de ser fiel a sí misma cuando Dios u otro tipo de fuerzas espirituales se introducen en la historia, y se convierte en ficción religiosa o fantasía. Es cosa bien sabida que buena parte de lo que se comercializa como cf es en realidad fantasía científica que imita a *Star Wars*. Dichas ficciones tienen su público, pero por mucho que en sus ropajes se asimilen a la cf, sabemos que en realidad no lo son. La cf trans, en cambio, permanece fiel al materialismo esencial del género, y hace una virtud de su renuncia a los elementos fantásticos (culturalmente aceptados sea como ficción, sea como religión).

Respecto a la pertinencia de la cf trans, hay que reivindicarla explícitamente, pues en los últimos años se ha dado un viraje hacia una cf de futuro cercano, casi siempre pesimista y que tiene a gala sus buenas intenciones de advertencia. En los círculos del fandom español de cf se la ha bautizado como prospectiva, y resulta obvio que ha sabido captar el aire de los tiempos: una de sus formas, la distopía, se ha convertido en una categoría comercial de éxito en la narrativa juvenil. Pero esta cf alicorta y esencialmente conservadora, que niega cualquier posibilidad de escape a la especie, presume de una pertinencia que no le corresponde. Cuando plasma nuestras pesadillas a corto plazo, cuando se niega a dejarse seducir por los sueños clásicos de la cf, no hace más que repetir machaconamente la retahíla de los males archisabidos de nuestro mundo, generando la impresión de que los tenemos bajo control al disponerlos en una lista acotada. Cuando anticipa el apocalipsis, crea una sensación de indefensión perversamente satisfactoria: ya que todo está perdido, sentémonos a contemplar el espectáculo. Es como un niño que se preocupase de un corte en un dedo, mientras hace caso omiso a la operación de lobotomía que está a punto de sufrir; o como el hombre que se toca una muela cariada y disfruta con el dolor, sintiendo que lo domi-

na, al contrario que el cáncer que le roe las tripas: es algo comprensible, humano y sentimental, pero escasamente pertinente.

La cf trans, en cambio, abraza el viejo sueño fantacientífico de la transcendencia por vía de la ciencia, pero lo lleva más lejos y no promete que el resultado vaya a ser del gusto de todos. Se basa en la certeza de que la ola de cambios tecnológicos puesta en marcha desde la revolución industrial cambia constantemente el paradigma de lo cognoscible, y por tanto, cualquier punto final anticipado que se quiera fijar para la evolución social, cultural y biológica humana es un triste intento de trazar una frontera en el mapa de una realidad mutable que dejará atrás al observador tan pronto como éste haya pronunciado su sentencia. Su pertinencia es máxima para nosotros, los habitantes del futurista siglo XXI, ya que no sólo no finge que conocemos todos los problemas que nos atañen, sino que promete que cada día habrá nuevos peligros. Pero, a diferencia de la prospectiva, la cf trans cree en el futuro: el futuro existe y llegará, para bien o para mal. Sabe en sus huesos que nada está fijo, nada se detiene, nada es el final, ni siquiera el apocalipsis, y por tanto es nuestra responsabilidad tomar el futuro en cuenta, introducirlo en nuestros cálculos, planificarlo dentro de nuestras magras posibilidades.

El lector alimentado por la cf prospectiva tiene motivos para creer que el mañana, si es que llega, será peor que hoy, así que, ¿para qué invertir en él? El lector de cf trans sabe que el futuro llegará inexorablemente, y que no podremos controlarlo; pero bien puede prepararse psicológicamente para cabalgar la ola, y ser una parte móvil del flujo en lugar de un obstáculo inmóvil. Quizá no haya lección más pertinente para nuestros tiempos.

En este espíritu de reivindicación de la cf trans como la forma de cf más pura, al tiempo que la más necesaria incluso para aquéllos que no la leen, he reunido en esta antología cinco relatos de otros tantos autores que constituyen una celebración del transhumanismo. Greg Egan, Hannu Rajaniemi, Charles Stross, Peter Watts y John C. Wright, cuyas novelas he tenido el placer de publicar en Alamut y Bibliópolis, nos hablan, como siempre en la cf, del aquí y ahora y de nosotros mismos cuando nos presentan las peripecias de nuestros herederos transhumanos. Pero sin paños calientes, sin la falsa madurez del pesimismo, y sin las vanas promesas de que todo terminará bien. En pocas palabras, al estilo de la cf trans.